

Juan Manuel Pérez Rayego

Vertical

EDICIONES DEL VIENTO



© Juan Manuel Pérez Rayego 2011

© Ediciones del Viento 2011

EDICIONES DEL VIENTO S.L.

Avda. Fernández Latorre, 5 - 9, 2º E

15006 La Coruña

Tel: 981 244 468

e-mail: info@edicionesdelviento.es

www.edicionesdelviento.es

Diseño: David Carballal estudio gráfico, s.l.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-96964-93-8

Depósito legal:

Impresión:

Impreso en España / Printed in Spain

A Rosa Mari.

Estoy otra vez aquí, en esta oscuridad con palabras; ahora, sin ti, soy oscuridad y soy palabras.

Antes hice sonar nuestra canción, apagué la luz y supuse que bailaba contigo, incluso creí tocarte la cintura; pero era una bocanada de mi aliento perdiéndose en la noche. Después escribí un poema que nadie va a leer, ni siquiera yo, con palabras de latidos, ansiedad por ti, desesperación, vacío y una alegría extraña. Me pregunto si no me dañará el sentirte tan cerca cuando te encuentras tan lejos, el suspirar con tu pecho, el gesticular con tu mano. A veces respondo que no, que lo ausente en mi vida está llenando la tuya; otras, que sí, que los sentimientos a solas corrompen la realidad circundante poco a poco, que en otra realidad vamos a ser otros.

Sea como fuere, estoy contento por saberte detrás de estas líneas; y de algún que otro recoveco de la rutina diaria también. En uno de los más importantes, cuando me siento en la cama para acopiar fuerzas y con el eco del despertador todavía rebotando por las paredes, doy gracias a no sé quien o qué, me acuerdo de ti y le pido que te cuide. Todo es más sencillo después, hasta podría decir que soy feliz mientras preparo el desayuno, hago la cama, limpio el resto de la planta baja y me presento en el centro de la torre para gritar hacia arriba, todavía a oscuras:

JUAN MANUEL PÉREZ RAYEGO

—¡Todo el mundo en pie!

Vuelvo a dar las gracias una vez encendidas las luces de las diecinueve plantas, aunque me esperen más de mil ochocientos abuelos, asomados ya algunos de ellos a las barandillas para gritarme sus muchas quejas, sus pocas alegrías. Empiezo a subir escalones y cada vez hay menos sitio para los pensamientos.

¿Y para los sentimientos?

Te repito que tu imagen aparece aquí y allá, en el rellano de alguna planta, recostada en la barandilla de otra, incluso consolando a alguna abuela triste que no se baja de la litera desde hace varios días; pero en estos casos quizás rompas con tu bondad el filtro que te oculta detrás de todos los segundos, y que es desde donde me estás ayudando siempre. Sea yo capaz o no de romper ese filtro, espero estar presente por algún rincón de tu casa para ayudarte también.

Te quiero, amor mío.

P.D. No tardes en escribirme.

—¡Abuelo cavernícola 2, no vuelvas a acostarte con la abuela fenicia 4!

—¡Tú no tronarme, tú no rayearme, tú no aventarme nieto nacido en tormenta-grande de otoño!

—¡No está bien lo que haces!

—Bien, ¿qué es bien?

—¿Que qué es bien? ¡Matar un bisonte para comer está bien; matar un bisonte para divertirse no está bien!

—¿Que es matar un bisonte para divertirse?

—¡Abuelo cavernícola 2, dejémoslo! ¡Aléjate de la abuela fenicia 4!

—Yo la miro. Ella me mira. Nos juntamos en uno. Voy a su lado. Nos revolcamos. No poder evitar como no poder evitar los granizos que mataron a Pequeña Sombra.

—¡Pues tendrás que mirar para otra parte! ¡Te aseguro que la próxima vez no sujetaré al abuelo fenicio 5; además, te sacaré de la primera planta y acabarás en... la última, adonde voy ahora! ¡Y desde donde no quiero oír ni una sola queja de aquí!

—¡Estampidas de uros para aplastar tus palabras! —refunfuñó el abuelo, y salió hacia su litera—. ¡Duras y negras como lanzas de pedernal!

—Anda... Descansa un poco. Lo necesitarás.

¡Será posible! ¿De dónde diablos sacará tanta energía?, pensé.

A la vez que el abuelo cavernícola se tumbaba en su litera, un poco más allá, junto a la barandilla, dos abuelos trataban de calmar al abuelo fenicio 2.

¡Espero que no vuelva a repetirlo! —dijo el abuelo astur apuntando con el brazo hacia el abuelo cavernícola. El abuelo astur, sin dejar de hablar con el abuelo Tarso junto al rellano de la escalera, me miró con cara de asco—. ¡De lo contrario, le canjeo por un abuelo de los de arriba del todo!

Aquella casa, la nuestra, era un edificio con forma de la letra L, como casi todas las de la ciudad. En lo que sería el trazo corto de la letra, en la planta baja, se encontraba el espacio reservado para mí: mi dormitorio, mi aseo, mi cocina, mi salón; y en el trazo largo, la torre de diecinueve plantas comunicada mediante un pasillo con el salón, moraban la mayoría de mis antepasados.

—Aquí no pisa ninguno de esos descendientes sabelotodos que no saben nada —dijo el abuelo astur apelando a su condición de encargado de la primera planta.

—¡Ya veremos! ¡Soy el morador actuante de este edificio, y mando yo!

No deseaba ninguna réplica del bruto del abuelo astur, así que le di la espalda y empecé a subir escalones con decisión. La luz filtrada a través de la claraboya coloreaba con un tono rojizo el hueco central de la torre y las plantas, ménsulas perimetrales de unos cinco metros de ancho delimitadas por barandillas y ocupadas casi en su totalidad por literas de tres y hasta cuatro alturas, quedando espacio para poco más: algunos muebles, una biblioteca y la única habitación con la que contaban, el aseo.

¡Buenos días, gente de la planta segunda!

Todavía dormían algunos de los abuelos de esta planta, aunque la mayoría ya se habían levantado; otros, como la abuela Mara, ayudada por el abuelo Sekte, lo hacían en ese mismo momento.

—Buenos días, Alejo —me contestó el abuelo Sekte.

—Hola, Alejo —dijo la abuela Mara.

Seguí subiendo, a trancos: ocho o nueve alcanzaba una nueva planta.

—¡Buenos días, planta tercera!

—Cuida a tu padre, Alejo.

—A eso voy, abuelo Ruano.

Y otra.

Buenos días, abuelos de la planta cuarta... ¡Leches! ¿Pero qué ha ocurrido aquí? —me pregunté en voz alta. Las literas de esta planta, que como las de todas las demás debían estar alineadas para no obstaculizar el paso junto a la barandilla, se encontraban descolocadas; además, habían atravesado la biblioteca y la mesa en el pasillo de enfrente a modo de barricada, y los libros y las sillas estaban desparramados por todas partes; sin embargo, los abuelos dormían plácidamente.

—¡Abuelo Constantino! —llamé a uno de ellos.

—Alejo, ¿qué quieres? —me preguntó el abuelo sin abrir los ojos.

—¿Se puede saber qué ha ocurrido en esta planta?

—Nada, no ha ocurrido nada.

—¡Cómo que no: si está todo desordenado! ¡Y se ha obstaculizado el pasillo con el mobiliario, algo que está totalmente prohibido!

—¿A una biblioteca, una mesa, unas pocas sillas y un montón de literas cochambrosas le llamas mobiliario?

—No somos ricos, nuestro presupuesto no alcanza para más con tantas plantas; bastante es que disfrutemos de un aseo en cada una de ellas: los abuelos de algunos edificios han de conformarse con un retrete cada cuatro o cinco pisos, y sus pocas fuerzas se consumen en bajar y subir escaleras.

—Realmente penoso; pero otros muchos abuelos disponen de un ascensor. ¿A qué esperas para colocarlo en el hueco central del edificio?

—Abuelo, ya sabes que hasta la resolución del expediente del abuelo Pero XVI nos han congelado la cuenta cardinal; en la secundaria contamos con algunos ahorros, pero no los suficientes como para instalar el ascensor. Además, me gusta el gran hueco, todas las barandillas... El ascensor, sus guías y cables echarían a perder esa diafanidad.

—Ya que no podré ver el ascensor con estos ojos en mucho tiempo, lo intentaré con los del sueño. Déjame dormir un poco más.

¡Nada de dormir!

Me ignoró y se dio media vuelta. Su espalda estaba manchada, como de tinta.

—¿Y esas manchas?

—Fui herido; pero no mortalmente, que conste.

—¿De qué hablas?

—Los visigodos de la quinta nos quisieron ocupar. Les dimos su merecido.

—Buena que montasteis. ¡Y he de suponer que las armas eran naranjas entintadas!

—Supones bien.

—¡Pues quiero veros a todos limpiando y ordenando la planta ahora mismo!

—Sí, sí; ahora mismo.

—¿Me escucháis, guerreros gandules de tres al cuarto? ¡A limpiar! ¡Todo el mundo arriba! —grité adentrándome en la planta—. ¡Abuelo Lucio! ¡Abuelo Antonino! ¡Abuelo Tiberio!

Quise nombrar a alguno de los abuelos que ocupaban la tercera cama de las literas, pero en ellas no había nadie.

—¿Y los abuelos de la tercera litera? —pregunté al abuelo Claudio, tumbado en una de las literas inferiores.

¡Déjame dormir!

—¡Que alguien de la soldadesca visigoda de la quinta se asome! —grité desde la barandilla a los abuelos de la planta superior.

—Esos están para el arrastre —masculló el abuelo Claudio.

—¡Abuelo encargado de la quinta planta, asómate a la barandilla! ¡Estoy en la cuarta!

—El abuelo encargado de la quinta planta... ¡Je, je! —rió con sorna el abuelo Claudio.

—¿Qué le habéis hecho?

—¿A un soldado... visigodo? ¡Nada! ¡Je, je!

—¡Ahí os quedáis! ¡Cuando baje esta tarde quiero que la planta entera reluzca, o vais a pasaros sin la ración del grano más de un día!

¡Si apenas pueden moverse!

¿Cómo es que montan estos zipizapes?

Todos los abuelos dormían en la quinta planta. Intenté despertar al abuelo Teodorico.

—¡Abuelo!, despierta.

—¿Qué quieres?

—¿Dónde están los abuelos de la tercera litera de abajo?

—¡Y yo qué sé! —refunfuñó, y se cubrió la cabeza con la sábana, manchada de tinta roja y azul.

¡Será cabrito: cómo tiene la sábana!
Anda y que les zurzan a todos.
Me voy para arriba, o no llegaré en toda la mañana.

Y fue lo que hice, continuar subiendo escalones.

—¡Planta sexta, buenos días!
—Buenos días, joven —me dijo un abuelo, no sé cuál.

Y más escalones.

—¡Buenos días, abuelos de la planta séptima!
—Hola, Alejo —me saludó la abuela María mientras practica-
ba suaves ejercicios de estiramiento.

Y más.

—¡Gente de la octava, buenos días!
—Buenos días, Alejo. No te olvides de la revista que te pedí.
—Está agotada. La he encargado en el quiosco de la esquina.
¿Para qué querrá el abuelo medieval 8 una revista de kárate?

Más.

—¡Buenos días, planta novena!
—Buenos días, Alejo.
—¡Buenos días a los de la décima!
—Buenos días.
—¡Abuelos de la undécima, os deseo muy buenos días!
—Toma algo de aire, o la vida saldrá fuera de ti para buscarlo
—me gritó el abuelo Manuel.
—No te preocupes, abuelo, estoy acostumbrado.
Los abuelos de mediados del siglo XXI, tan brutos con su poe-
sía científica; aun que más les hubiera valido...

—¡Buenos días, abuelas y abuelos de la planta doce!

—Buenos días, Alejo.

...ser más arrojados. Si ellos anticipaban aquel desastre, ¿por qué no se implicaron más? Pero bueno, rodeados por tantísimas personas insensibles, tan poderosas algunas...

Entonces, en el tramo de escalera que unía la planta doce con la trece, escuché un llanto.

—Abuelo, ¿quién llora? —pregunté al abuelo Rodrigo, que, recostado en el mismo rellano de la planta trece, charlaba con el abuelo Diego.

—Es abajo, en la doce.

—No he oído nada al pasar por allí.

—El llanto es uno de los materiales salientes más nobles, y cuanto más sube más perceptible se vuelve —me dijo el abuelo Diego.

Retrocedí hasta la planta doce.

—¿Dónde? —le pregunté al abuelo Álvaro, acodado en su litera.

—Junto a los servicios.

—¡Alejo, qué bueno estás! —me espetó la abuela Lucinda interponiéndose en mi camino.

—Ya lo sé, Lucinda, no paras de repetírmelo.

—Cuida a la abuela lusitana, es como una nube sin tierra debajo —me susurró la abuela Lucinda antes de apartarse. La abuela lusitana, vestida sólo con el camisón, lloraba sentada en la litera, supuse que por algo relacionado con su pierna escayolada.

—Abuela, ¿qué te ocurre?

Dolor en agua, *escuché dentro de mí.*

Dolor en viento entrecortado.

Dolor que encoge los hombros.

La pobre está empequeñecida.

—Abuela, vamos, deja de llorar —le rogué a la vez que me sentaba a su lado.

Todavía hermosa.

Olor a lágrimas.

Convulsiones suaves.

Pero irreprimibles.

Tallo y viento.

Agua.

Dolor.

Dolor en agua.

Dolor en viento entrecortado.

Dolor que encoge la vida.

¿Qué narices hago?

—¡Abuela, cálmate por favor! ¡Aquí tienes a tu nieto actuante Alejo, el mejor nieto actuante inimaginable!

—Alejo, cariño; deberías estar cuidando a tu padre —me dijo al fin.

—¿A mi padre?, no te preocupes: el abuelo Julián estará con él. Supongo.

—Supongo que estará con él —susurré acercándome a la barandilla, desde la que grité hacia arriba—: ¡Abuelo Julián! ¡Estoy abajo, en la docé! ¡Acércate a la barandilla!

—¡Te escucho, Alejo! —dijo el abuelo Julián nada más asomarse.

—¿Estás con mi padre?

—¡Acabo de llegar!

—¡Enseguida subo!

—¡Tómate el tiempo que necesites! ¡Tu padre está en buenas manos!

—¡Mi padre tiene un suegro que no se lo merece! ¡Gracias, abuelo inmediato Julián!

Volví junto a la abuela lusitana.

Abrázala.

Y la abracé.

Calor.

Ha vuelto el calor.

Separados los hombros.

Redondeados como cantos de río.

Lágrimas salientes.

Olor viejo.

Olor de memoria.

—¿Cómo te las apañas con la pierna escayolada?

Hago lo que puedo.

¿Te ayudan los abuelos de la planta?

—Algunos; otros no paran de enzarzarse en absurdas discusiones: que si la Reconquista se alargó mucho, que si estas tácticas fueron erróneas, que si aquéllas fueron acertadas pero poco empleadas. ¡A mí que narices me importan sus tácticas! Sácame de esta planta, Alejo.

—Tu litera siempre estuvo en la segunda, pero cometiste la estupidez de descender hasta la planta baja y salir a la calle.

—Tenía que encontrarle.

—El abuelo Guus vivirá plácidamente en un edificio del norte de Europa con uno de sus nietos actuantes. ¡Nunca le podrías haber encontrado! Te secuestraron, ¿recuerdas? La riqueza la proporcionáis vosotros. Los más potentados de la ciudad se pavonean orgullosos de poseer ascendientes de todas las generaciones desde tiempos remotos: mientras más ascendientes, más ricos, más altos son sus rascacielos, de más comodidades se goza en ellos; aunque a algunos no les importa llenar sus vacíos generacionales a cualquier precio. Tu pierna se partió cuando el coche de los que te habían secuestrado fue embestido por otro

cuyo conductor aseguraba haberte visto antes, y ninguno de los dos es descendiente tuyo.

—Puede que tú tampoco lo seas mío.

—Abuela, si te refieres al abuelo Pero, confío en que pronto se resuelva ese dichoso expediente que ahoga tanto nuestra economía como nuestra identidad.

—¿Cuándo acabará mi exilio en esta jodida planta?

—Por lo pronto, esperaremos a que la pierna mejore. Ya veremos después.

—No puedo vivir sin él, Alejo; quiero morirme.

—Abuela, no digas eso; algún día le verás aparecer por la puerta.

—Como aquella mañana... ¿Sabes qué supone para un vikingo enfrentarse a miles de millas de tierra, a aquel océano embravecido de bosques, valles y montañas? Apareció en mi casa, con los pies destrozados; pero sonreía... ¡cómo sonreía!

¿Dónde te vas?

La abuela empezó a llorar otra vez.

Dolor.

Borbotones de dolor.

—Abuela, no llores así.

Se vuelve tan pequeña, que quizás deje de abrazarla, que quizás desaparezca de mi lado.

La abuela se agachó más, y casi tocaba ya las rodillas con la frente.

La tierra tira de sus pensamientos.

—Vamos abuela, levántate un poco —le rogué. Me hizo caso y se limpió las lágrimas con una de las mangas del camisón.

—Nos conocimos allá por el año ochocientos cuarenta y cuatro. Los hombres de la aldea trabajaban en una comarca lejana, hacia el lado opuesto de la costa, donde él salvaguardó de una

tempestad en una cala las tres naves de su expedición vikinga. Llegaron al asalto, por la tarde, con los primeros gritos. Tras el saqueo, tan violento como minucioso, decidió pernoctar en la vivienda de mi madre y mis hermanas. Ya se habían repartido las mujeres de la aldea para violarnos, y él me eligió a mí. Nos quedamos solos en la casa. Me pidió comida y agua, una lumbre y que le prometiera que no iba a escaparme. La pequeña lumbre que encendí generó sombras de un gigante que comía con corrección, aunque estaba hambriento; que se giraba para mirarme con frialdad, aunque me deseaba. No le prometí nada, así que me ató una mano a la suya con una soga y después se durmió. Todos sus hombres le admiraron un poco más a la mañana siguiente por creer que había disfrutado de la mujer más hermosa de la aldea. Él no les contrarió.

—Un gran hombre, el abuelo Guus.

—Casi le matan cuando regresó, y nos tuvimos que marchar de la aldea, cercana a Lisboa. Acabamos aquí, en Extremadura, la tierra más lejana que todavía es mi tierra.

Parece más serena.

Dejaré de abrazarla

Le cogeré las manos.

Mírala.

Espera a que te mire.

Me miró.

Ahora, sonrío.

¡Sonríe, cabrón!

Eso es.

La abuela también sonrió, y acabó con la cabeza sobre mi hombro.

¿Ves cómo se ha recostado sobre tu hombro, como si fuera a escuchar el eco del mar en él?